

Sally
Carson

Cruz torcida

Alianza *voces*

Traducción de
Ainize Salaberri



Sally Carson

Cruz torcida

Traducido del inglés
por Ainize Salaberri

Alianza editorial

Título original: *Crooked Cross*

Primera edición: abril de 2026

Diseño de colección: Manigua

Imagen de cubierta: H. Armstrong Roberts/ClassicStock/Archive Photos

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Ainize Salaberri, 2026

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-234-4

Depósito legal: M-153-2026

Printed in Spain

Índice

Nochebuena de 1932	9
Primera parte. Año Nuevo de 1933	29
Segunda parte. Primavera	121
Tercera parte. Principios del verano	219
Cuarta parte. Verano	287
Noche de San Juan	355

Nochebuena de 1932

I

—¡Feliz Navidad, señora Kluger!

—¡Buenos días y feliz Navidad, señor Ebner!

—Lexa, ¡feliz Navidad!

—¡Buenos días, Elsa!

—¡Buen día, Hermann!

En Nochebuena siempre existía una urgencia por intentar volver a casa rápido después de misa y siempre era difícil. Quedarse hablando en la puerta de la iglesia era imposible, porque la gente te empujaba por detrás hacia la estrecha acera y te obligaba, simplemente, a seguir hacia delante y salir al exterior, a adentrarte en la tarde de invierno. De repente te veías rodeado de risas, charlas, empujones y al mismo tiempo las campanas repicaban y lo ahogaban todo.

La Mariastrasse, que nacía directamente de la iglesia, estaba igual de atestada de gente. Era tan estrecha que solo entraban dos o tres personas. Apenas había espacio para ponerte el abrigo o la capa; apenas podías girarte para ver a quién tenías detrás, mucho menos para hablar con comodidad. Tenías que caminar al ritmo que marcaban los de delante. Pero los Kluger, para llegar a casa, tenían que cruzar la plaza del mercado. Una vez allí, la pequeña procesión apretujada se diseminaba, felices por

poder detenerse, por poder ver quién estaba allí, por poder charlar y cotillear.

El mercado en Kranach era grande y amplio, demasiado grande para el tamaño de la ciudad. Hacía que el ayuntamiento, con su gran torre cuadrada, pareciera muy pequeño. Incluso el Grauer Bär, enorme y lleno de recovecos y rincones como las viejas tabernas bávaras, parecía insignificante desde fuera, y el Goldenes Horn, por ejemplo, pasaba prácticamente desapercibido a menos que recordases la cerveza especialmente buena que podías beber allí.

En verano la plaza del mercado no parecía tan gigante. Había cubos de flores fuera de las tabernas y pequeñas pantallas de enredaderas protegiendo las mesas que estaban en la calle. Los árboles del centro estaban llenos de hojas y siempre había gente alrededor de la fuente. Pero ahora, bajo el lúgubre cielo de diciembre, con una ligera capa de nieve cubriéndolo todo, parecía más grande que nunca. Las luces de las esquinas apenas iluminaban el centro, pese a que los árboles desnudos intentaban con todas sus fuerzas proyectar sus sombras en la nieve.

—¡Feliz Navidad, señora Kluger!

—¡Feliz Navidad, señor director!

En ocasiones como esta, era la señora Kluger la que lo ponía difícil. Quería saber quién estaba allí, quiénes hospedaban a quién. Quería hablar con todo el mundo. Siempre tenía muchas cosas que hacer y rara vez salía, por lo que a Lexa no le gustaba apremiarla. Siendo Navidad, tenía que esperar con ella y fingir que no tenía una prisa exacerbada por volver al ganso y a la ensalada. También había que terminar de decorar el árbol, pero eso era trabajo de Helmy, y había que vestir las mesas.

A Lexa se le enfriaron los pies aún más después de caminar unos pocos pasos y volver a detenerse de nuevo. La mayoría de los

jóvenes se las habían arreglado de algún modo para huir; todos menos Moritz. Él la tenía agarrada del brazo con fuerza, bromeaba con ella sobre su sombrero nuevo, e intentaba meter la mano dentro de su manguito. Padre soportaba los cotilleos de madre, pero parecía un gato con las orejas llenas de nieve. Solo gruñía y pateaba la nieve, pero los ojos le brillaban por encima del cuello alto.

—Podría no llevar sombrero, para el caso... —le dijo a su madre entre gruñidos mientras lo sacudía por décima vez.

Pero su madre no la escuchó. Probablemente no quería hacerlo. Aquel era su día, el día en el que podía hacer lo que quisiera y como quisiera, y tenía intención de disfrutarlo.

Pero seguro que su madre no quería hablar con la vieja señora Müller.

—¿Y qué tal está el pequeño Hansl, señora Müller?

—Ahora está mejor, gracias, señora Kluger, pero la semana pasada...

—Oh, ¡señora Hartl, Thea, Christo y señor profesor! ¿Cómo están? Sí, Moritz está aquí con nosotros. Erich está fuera, pasando la temporada en Sellstein, ya saben... Y aquí está el señor doctor.

—Nos va a costar horas llevar a madre a casa —le susurró Lexa a Moritz con desesperación. Pero no fue tan difícil como había creído. Empezó a nevar otra vez, una nieve suave que flotaba en un viento frío; después la nieve se espesó, hasta que todos quedaron cubiertos de blanco y las luces apenas se distinguían. Los grandes grupos de gente se separaron en pequeños grupos, después en familias, y en personas solas con prisa. La plaza del mercado se quedó tranquila y vacía de nuevo rápidamente, y parecía más grande que antes. Solo las campanas siguieron sonando, feliz y ruidosamente. La nieve siguió cayendo, más sigilosamente, más blanca que nunca.

—Es maravilloso ver a todo el mundo de nuevo —dijo la señora Kluger mientras avanzaban a duras penas por el camino hacia casa—. No hay nada como la Navidad, ¿verdad? —dijo mientras cogía del brazo al señor Kluger y le hacía reír por su bigote lleno de nieve, porque sabía que llevaba mucho esperándola y que tenía los pies fríos—. Espera a ver el regalo que te he hecho, Hans —dijo.

II

La Navidad era una época especial para los Kluger. No era solo una época de mucho e intenso trabajo, a la que le seguía un buen y merecido descanso para la señora Kluger, no era solo el momento en el que la buena comida era extravagantemente abundante y emocionante, sino también era la época en la que todo el mundo se divertía, en la que todo el mundo estaba feliz. Para estos dos padres trabajadores de clase media y sus tres hijos era el momento en el que tejían juntos su felicidad personal y en el que cerraban el círculo mágico de su familia, porque su familia era principalmente la unidad en la que todos y cada uno de ellos vivía con más seguridad y plenitud. La Navidad traía consigo nieve y noches brillantes, cartas inesperadas y una fiesta. Pero también arrejuntaba a toda la pequeña familia. Fuese cual fuese su trabajo, estuviesen donde estuviesen, hasta entonces siempre habían pasado juntos la Navidad. Y juntos irían a la montaña a por ramas de abeto, y juntos decorarían la pequeña casa. El piano, el escritorio junto a las ventanas, la parte superior de las cortinas a cuadros, la gran foto del señor Kluger en uniforme con la cruz de hierro prendida debajo, la estufa de azulejos y la repisa de la chimenea, todo tenía que estar decorado, incluso el dibujo que Helmy había hecho de Hitler y que solía

estar encima del piano siempre que hubiese espacio entre las partituras de Lexa. Incluso Mitzi, el pequeño gato negro, debía llevar una pajarita y parecer importante. Los días previos había susurros de emoción por los regalos y había expediciones secretas a Múnich para hacer compras. Y después había que preparar un vino cremoso y una ensalada navideña, y había que enviar invitaciones especiales para la cena de Nochebuena.

Este año la Navidad sería un poco diferente. El hermano del señor Kluger y su familia se habían mudado a Fráncfort y pasarían la Navidad allí. Los Kluger lo lamentaban mucho, pero su ausencia reducía el coste de la cena. Este año todo estaba caro y había otras dificultades. Al señor Kluger le habían recortado el salario en la oficina de correos; los dos chicos, Helmy y Erich, aún no habían conseguido un trabajo fijo. Ya habían pasado dos años desde que Erich dejó el instituto. Aunque era cuatro años más joven que Helmy, había tenido más suerte con el trabajo. Este año tenía un compromiso como instructor de esquí en el Grand Hotel de Sellstein, lo que supuso otra decepción para Navidad. Echarían mucho de menos a Erich en la fiesta, con su buena planta, su alegría contagiosa y una risa que, aunque a veces podía resultar irritante, gustaba a todo el mundo. El señor Kluger quizás estaría un poquito malhumorado: Erich era el más joven y el favorito de su padre.

Pero que Helmy no tuviese trabajo también tenía sus ventajas, porque Lexa y él podían decorar el árbol juntos, tal y como habían hecho desde que podía recordar. Erich era demasiado impaciente y además siempre se le caían las cosas y, cuando ayudaba, se las arreglaba para prender fuego a una parte del árbol.

Lexa se preguntaba si la Navidad este año sin Erich y sin los hijos del tío Heinrich sería un éxito. Se había emocionado especialmente por esta Navidad, sobre todo porque el 20 de

diciembre había terminado su trabajo en la biblioteca. Había trabajado allí durante cuatro años y ahora, a sus veintidós, su madre quería que estuviese con ella en casa los últimos meses antes de su boda. Moritz Weissmann y ella se casaban en junio.

Cuando pensaba en Moritz se convencía de que sería una Navidad feliz; el profesor Weissmann y él irían a la cena de los Kluger, y todos estaban encantados con Moritz, sobre todo los primos pequeños. Lexa temió hasta el último día que surgiese algo que le impidiese asistir. Su trabajo como primer asistente en una clínica quirúrgica en Múnich era importante, pero también exigente. En los dos años que llevaban comprometidos se había acostumbrado a las decepciones que la urgencia de su trabajo a menudo traía consigo.

Pero hoy le había visto en la iglesia. Vendría. Juntos, incluso sin Erich, encontrarían la misma felicidad que los niños en el árbol, en los regalos y en aquella dichosa Nochebuena. Extraerían de ella toda la felicidad y alegría que pudieran, como tantas veces habían hecho; la compartirían juntos, Moritz también, pues ya era prácticamente de la familia. Y esa calidez y amor familiar continuarían, se expandirían más allá de la Navidad, y se proyectarían sobre el año nuevo, que estaba al caer. Se aferrarían a él con fuerza, exprimiéndolo efusivamente mientras seguían sus diferentes caminos hasta que los recibiese de nuevo la siguiente Navidad, y los uniese aún más, más felizmente, a todos.

III

Lexa, que llevaba un delantal encima de su mejor vestido, estaba sentada al pie de la escalera de mano poniendo las últimas velas; la espléndida cena esperaba en la mesa de la cocina, cubierta con

una sábana; todos los regalos estaban envueltos con papel de seda de colores, por lo que este año parecían más alegres que nunca, y esperaban sobre banquetas o mesitas alrededor de la habitación.

Helmy, inclinándose sobre el árbol desde lo alto de la escalera, estaba poniendo los últimos detalles a los juguetes, a las bolas de cristal, los espumillones y al resto de la decoración navideña. El ángel que coronaba el árbol estaba un pelín maltrecho este año.

—Pero nos sirve —dijo Helmy.

—Fue Max —dijo Lexa—, lo bajó el año pasado para Lili. Y Lili quiso desvestirlo, por supuesto.

Max, Pieter y Lili eran los hijos de la tía Klara. Esta noche estaban tan emocionados que no se aguantaban las ganas de acercarse al árbol. ¡Y a los regalos! Erich había picado a Max, le había dicho que este año no había nada para él. Max casi se puso a llorar, pese a que cumplía nueve años en Año Nuevo. Fue Helmy el que vino al rescate fingiendo que la señora Kluger y él necesitaban ayuda especial para apilar los platos, los cuchillos y los tenedores, y para dejarlos preparados en la bandeja en la que los llevarían más tarde a la mesa.

Lexa sonrió con afecto al ver la larga espalda de Helmy.

—Siempre tengo la sensación de que la Navidad no ha empezado hasta que no estamos encerrados aquí con el árbol, ¿no te parece? —dijo—. Es toda una hazaña traer a madre a casa desde la iglesia —continuó tras una pausa y sin levantar la vista—. Te lo perdiste, Helmy. La parte familiar, me refiero. Si llevar puesto el uniforme te salva de estar de pie en la plaza del mercado mientras madre habla *sin parar*, tiene sentido hacerlo. —Helmy, balanceándose en lo alto de la escalera, gruñó—. Pobre madre —continuó Lexa sin levantar la mirada—, le encanta salir y ver a todo el mundo.

Helmy volvió a gruñirle. Y era extraño, pues normalmente tenían una conversación fluida y tranquila mientras hacían el trabajo, aunque solo fuera por despistar a los niños al otro lado de la puerta, que se morían de ganas por averiguar cuáles habían sido los «secretos» de Lexa y Helmy.

Lexa levantó la vista y vio a Helmy con la boca llena de adornos; por las mejillas le colgaban largas tiras de espumillón. Estaba ocupado manteniendo el equilibrio con la mano que sostenía las cerillas; la otra estaba preparada para poner las últimas velas. Era trabajo de Lexa alcanzárselas. Esta no pudo evitar reírse de él mientras iba al rescate.

—¡Como si pudiese hablar con todo esto en la boca y sujetar las cerillas! —gruñó Helmy—. Escucha a esos mocosos.

Lexa volvió a reírse. Los susurros del exterior habían atravesado diferentes niveles de volumen hasta que ya solo había gritos, acompañados de golpes constantes en la puerta.

—¿Podemos entrar? ¡Date prisa, Lexa!

—¡Queremos ver el árbol, el árbol, el árbol!

—Esperad un minuto, ya casi estamos —gritó Helmy desde la escalera.

—Pero queremos entrar *ahora*, ahora, ahora —cantaron las voces, y Lexa supo a quién pertenecía la voz profunda que se mezclaba con los tonos estridentes de los niños.

—Ese es Moritz —dijo Helmy mientras encendía la última fila de velas—. Los niños siempre están a su alrededor, dondequiera que esté, y se emocionan, claro.

«Quiero que esta Navidad sea feliz», pensó Lexa. Era consciente de que podía ser la última que pasase en casa, aunque nunca se sabía. No quería perder la sensación de paz y de permanencia que sentía que nunca desaparecería o les fallaría a ninguno de ellos. Moritz y ella debían conservarla,

perpetuarla, hacer que las Navidades de sus hijos brillasen como en otros años, creando el mismo círculo dichoso de luz, un círculo de felicidad, tal y como hacían ahora los Kluger. Pero, por supuesto, Moritz y ella seguirían viniendo aquí hasta que tuviesen hijos. Hijos propios... Una Navidad propia que crear, otros años... Era extraño pensar que Moritz y ella iban a tener su propia y pequeña familia, gente nueva y real que sentiría por la Navidad lo mismo que sentían Helmy y ella. Esperaba que los niños fuesen como Moritz, avispados como él, de pelo oscuro, buena dentadura y una risa absurdamente emocionante.

Al escuchar esa risa en ese momento, le dijo a Helmy:

—Moritz ama el árbol casi tanto como Pieter y Max. Es muy amable por parte de madre haberle invitado a él y al profesor Weissmann.

—No podíamos permitir que se quedasen solos, teniendo en cuenta que es la primera Navidad desde que murió la señora Weissmann. ¿Crees que el viejo la echa mucho de menos?

—Muchísimo. —Lexa, al pensar en el padre de Moritz, se preguntó por qué alguien debería tener que soportar tanto: estaba perdiendo la vista, tuvo que dejar su trabajo de investigación por eso, y después murió su esposa—. Pero Moritz y él son muy buenos amigos —añadió, como si tener a Moritz compensara casi todo.

—Es imposible no llevarte bien con Moritz, es tan alegre... Escúchalo.

Lexa, sonriendo a Helmy, escuchó las vocecitas al otro lado, capitaneadas por Moritz.

—¡Princesa, la más joven, ábreme! —cantaban en voz baja. Y después, más alto:

¿No sabes lo que
me dijiste ayer,
junto al agua fresca del pozo?

Helmy, sentándose de nuevo en lo alto de la escalera para mirar las velas, no pudo evitar reírse cuando las voces empezaron a gritar imperiosamente:

¡Princesa, la más joven,
ábreme!

Los niños pequeños y Moritz, cansándose de la cancioncilla, continuaron golpeando la puerta: «¡Áaaa bre meee! ¡Áaaa bre meee!».

—Moritz quiere entrar —dijo Lexa—. Tiene que irse pronto para operar a algún paciente cansino.

—Bueno, ya veo que no puedes hacer tu trabajo y evitar que me rompa el cuello al mismo tiempo... —Helmy, aunque frunció el ceño mostrando dos arrugas de enfado entre las cejas, le sonreía—. Será mejor que le dejes entrar, pero que los niños no pasen.

—¿De verdad? ¿Lo dices de verdad o es una excusa inventada en mi nombre?

—Ambas. No te concentrarás en nada hasta que lo hayas visto. No me enamoraría por nada del mundo.

—¡Espera y verás! —Y se fue corriendo a la puerta. La entreabrió—. Solo puede entrar Moritz —susurró misteriosamente—, porque es lo suficientemente mayor como para ser una escalera, y la escalera se está rompiendo.

Fue muy bonito por parte de Helmy dejarle pasar: sabía que era algo muy especial y lo amaba por ello.

Pero con Moritz entrando emocionado a la habitación con el coro de vocecillas detrás de la puerta y abrazándola con entusiasmo, se olvidó por completo de Helmy.

—¡La princesa más joven! —dijo Moritz, besándola.

—¡Hola, príncipe rana! —gritó Helmy desde la escalera.

—¿A qué te refieres? ¿Va a ser una fiesta de disfraces? —Moritz, quien retenía a Lexa cerca de él, miraba a uno y a otra riéndose.

—Tonto —dijo ella—, la canción que estabais cantando es de la historia del príncipe rana.

—¡Claro! Me siento también un poco rana. ¡Caliéntame, cariño! —Y agarró a Lexa por la cintura y empezó a dar vueltas con ella por la habitación.

Helmy trepó por la escalera con cuidado. Dijo:

—El príncipe rana no consiguió a la princesa, ¿sabéis?, así que uno de vosotros agarre la escalera.

—Me da igual —dijo Moritz. Mientras tuviese la cara sonriente de Lexa entre sus manos le daba igual Helmy o que la escalera se cayese o cualquier otra cosa—. Me da igual —repitió—. Lexa no es la hija del rey y yo ya no soy una rana y es Nochebuena y estoy emocionado.

Moritz acercó el rostro de Lexa hacia el suyo. Intentando zafarse de él y sosteniendo la escalera con una mano, dijo:

—Habéis montado un escándalo ahí fuera.

—Pero te gustaba el ruido, ¿no? —dijo Moritz con entusiasmo—. Te ha gustado porque lo he hecho yo, porque no podía esperar ni un minuto más para verte...

—¡A mí!

—Por supuesto que no —le vaciló, atrayéndola hacia él—. Lo que quería ver era el árbol, y a Helmy con bigotes de espumillón colgándole por la cara, y las velas y las campanitas de colores, y tus ojos, y tus labios...

—No os preocupéis por mí —dijo Helmy cuando la escalera empezó a balancearse—. Y, Moritz, ¿te importaría sentarte en el escalón si *vas* a besar a Lexa ahora?

Así que con los dos parlotando debajo de él, Helmy terminó con las velas.

—Helmy, eres un prodigio con el árbol, ¿verdad, Lexa? ¿Sabes, cariño? Dentro de un año, por estas fechas, estaremos casados. Tendremos nuestro pequeño piso, quizás nuestro propio árbol. Vendrás a ayudarnos con nuestro árbol, ¿no, Helmy? —dijo Moritz mientras le quitaba a Helmy el polvo y la lana, como si estuviese viendo el árbol por primera vez.

Helmy sonrió a Lexa.

—Claro. Y gracias a los dos por vuestra ayuda. Si el ángel está un poco torcido es porque erais de lo más intrigantes. Puedo pasarme una semana sin ir al cine, de hecho.

Y los tres se rieron mientras terminaban de ordenar la habitación.

Pero Max aún estaba llamándoles desde el otro lado de la puerta.

—¿No toca ya ver el árbol? ¿Podemos entrar ya, tía Rosa?

—Quiero entrar *ya* —gritó Pieter.

—¡*Ahora!* —le acompañó Lili.

—¡Ya vamos! —Helmy y Moritz apartaron la escalera y Lexa escondió el delantal debajo de un cojín.

—Apaga las luces, Helmy. Moritz, encárgate de los niños. ¡Venga, vamos!

Lexa abrió la puerta.

—¡Preparada, madre! Entraréis, ¿verdad, tía Klara, profesor Weissmann? No empujes, Max. Deja que Lili entre también, Pieter.

IV

Era emocionante abandonar la resplandeciente cocina y adentrarse en la oscuridad. Ahí, elevándose hasta el techo, llenando prácticamente toda la habitación, estaba el árbol.

—¡Oooh! —dijo Lili con ojos bien abiertos y solemnes, observándolo. Permanecía quieta cuando los niños pasaron a toda velocidad junto a ella.

—¡Maravilloso, maravilloso! —Y Lexa pensó que la voz de la tía Klara sonaba suave, como la de su madre. La tía Klara era una versión más joven de la señora Kluger: hacía que la cara de su hermana pareciese más cuadrada, más arrugada, y su boca más cansada—. Maravilloso —dijo de nuevo.

—¡Guau! —gritaron los chicos.

—Un árbol encantador, el mejor hasta la fecha, Helmy —dijeron la señora y el señor Kluger al unísono.

Moritz cogió de la mano a Lili y se la llevó al árbol todo lo cerca que ella se atrevió. Pieter y Max estaban brincando emocionados a su alrededor y Helmy estaba estirado para encender las bengalas. Y un estallido de puntos blancos de luz salió disparado, haciendo que el apacible dorado de las velas pareciese rojo, convirtiendo el pequeño ángel en plata.

Pero ya habían perdido su brillo: la habitación volvió a ser dorada. Moritz acercó a Lili aún más al árbol. Los niños ya estaban allí, observando el resplandor, las campanas de colores, las velas, la decoración luminosa, queriendo tocarlo todo.

Era, ciertamente, un buen árbol, bastante ancho y robusto, quizás no tan bonito como otros, pero un árbol valiente, feliz. Parecía orgulloso de estar en aquella habitación cálida, presumiendo de unas luces y colores tan espléndidos. Fue divertido, una experiencia nueva. No parecía triste, como otros árboles,

porque sabía que después de Navidad, en vez de tirarlo o cortarlo, el señor Kluger cavaría un agujero profundo y lo plantaría en el jardín. Volvería a ver las estrellas, crecería aún más, se volvería aún más fuerte. Incluso aunque no volviese al bosque, podía asomarse sobre la pared del jardín de los Kluger y saludar a sus hermanos en la montaña de enfrente. Nunca olvidaría esta feliz tarde, las velas, las voces cantarinas de los niños, la lluvia de chispas.

Los mayores observaban cómo Moritz convencía a Lili para que lo ayudase a encender algunos de los fuegos artificiales.

—Es maravilloso que Moritz se preocupe por Lili —dijo la tía Klara.

—Es un buen chico —dijo el profesor Weissmann con su habitual voz baja. Apoyándose en la repisa de la chimenea y protegiéndose los ojos del resplandor, se giró hacia la señora Kluger—: No sé lo que hubiese hecho el año pasado sin él.

—Ojalá nuestros chicos hubiesen tenido la suerte que ha tenido Moritz —dijo la señora Kluger en un tono bastante melancólico.

—¿Suerte? ¡Inteligencia! —La voz explosiva del señor Kluger hizo que todos se sobresaltaran. Sus feroces patillas parecieron aún más afiladas, más ofendidas que nunca—. ¡Inteligencia! —repitió de nuevo—. Eso es lo que es. ¡Inteligencia! —Estaba muy orgulloso de sus hijos, pero Helmy y Erich nunca habían sido brillantes como Moritz. Todos podían verlo, menos una madre—. La inteligente de la familia es Lexa —dijo orgulloso.

—Serán una pareja estupenda, Moritz y ella —respondió el profesor Weissmann suavemente, y los ojos de la señora Kluger siguieron a la tía Klara mientras esta continuaba con su misión de rescatar a Lili de entre los chicos y descansaron felizmente en

Lexa. Se reía por las caras de admiración de los niños mientras observaban a Helmy lidiar con el árbol.

Pieter y Max lo admiraban por convertir un simple abeto en algo tan brillante, encantador y fantasioso. Helmy parecía un mago por ser capaz de hacerlo. Y aun así, cuando desapareció unos minutos más tarde, se olvidaron por completo de él.

La figura graciosa con capucha, una enorme capa y una barba blanca moviéndose de un lado a otro los cautivó, los silenció. Entró por la puerta, con un palo en la mano... ¿Y su saco? No podía haber venido sin el saco, ¿verdad? No, era tan grande que tenía que arrastrarlo en vez de colgárselo del hombro como solía hacer.

Cuando se marchó de nuevo, los niños estaban emocionadísimos contando las manzanas y naranjas y repartiendo caramelos y no vieron cómo Helmy volvía a entrar, ni se percataron de que tenía pequeñas motas blancas por todo el abrigo.

—Creía que este año Pieter sería demasiado mayor para esto —susurró la tía Klara.

—Sí, ya crecen tan rápido...

La tía Klara estaba agarrando a Lili de la mano mientras Pieter corría hacia ella para decirle:

—¿Te ha gustado Santa Claus, Lili? ¿Te ha gustado?

—Oh, sí. —En realidad le había asustado un poco—. Me *encanta*. Lo que más me gusta son sus ojos titilantes.

—A *mí* no. Lo que más me gusta son los dulces —dijo Max.

—Casi te quedas sin ellos —dijo Moritz—, te quedaste bloqueado en la mitad de «Todavía soy pequeño» —dijo Pieter—, «querido santo, piadoso cristiano», todo el tiempo.

—Yo, Moritz —dijo Lili con voz aguda—, yo también. ¿Lo he dicho bien?

Todos se rieron. Cuando Santa Claus se acercó a Lili, esta se quedó con la boca abierta, fascinada por el saco. Lo único

Alianza editorial

«Sally Carson no fue una vidente ni una profeta, solo una joven de Dorset, nacida en 1901. Sin embargo, previó un futuro oscuro y violento para Europa y dio voz a esos temores».

The Observer

La novela profética de 1934 que está conquistando a miles de lectores.

Cruz torcida describe, a través de los ojos de una familia común, el ascenso al poder de los nazis. Es increíblemente lúcida, anticipando todos los horrores que estaban a punto de infligir al mundo. La heroína de la novela, Lexa, observa cómo sus hermanos son seducidos por el nacionalsocialismo, mientras ve cómo su prometido católico pierde su trabajo por tener un apellido judío y le niegan incluso el derecho a sentarse en un banco del parque. Así, los pequeños gestos cotidianos se convierten de repente en actos prohibidos. Lo extraordinario de esta novela, que retrata una delicada historia de amor en tiempos sombríos, es que fue escrita mientras todo sucedía. No hay distancia, no hay perspectiva histórica: solo la urgencia de quien presiente que algo terrible está por llegar.

Con una mirada íntima y penetrante, la autora revela cómo el desempleo, la desesperanza y el vacío existencial fueron terreno fértil para el autoritarismo. Es, sin duda, uno de los relatos más lúcidos sobre cómo los jóvenes desilusionados pueden ser captados por ideologías extremas.

Tras décadas olvidada, esta novela ha resurgido como un éxito inesperado, conquistando a nuevas generaciones de lectores que buscan comprender el pasado para no repetirlo. Una lectura imprescindible, intensa y reveladora.

Alianza voces NOVELA

